



Perón, con Héctor J. Cámpora, a cuyo dinámico equipo el general iba a alejar poco a poco del poder.

ternativas del proceso. La función cohesiva de la ideología se había visto así suplantada por la unidad en torno al líder. Al igual que en otros movimientos de liberación del Tercer Mundo, el carisma había suplido las deficiencias de la organización. Pero especialmente durante los años finales de la lucha contra la dictadura militar se había producido una politización vertiginosa de los sectores populares, y a medida que esta politización fue ganando terreno, comenzó a debilitarse el mito de la verticalidad. El carisma había cedido ante el avance de nuevas formas de organización.

De regreso en su país, Perón debió enfrentarse con una constelación de organizaciones que, sin llegar a la ruptura con él, no estaban dispuestas a aceptar un liderazgo sin condiciones. En realidad, Perón se halló ante una doble opción: el peronismo nacionalista tradicional, intoxicado de consignas populistas y en los hechos aliado con otros factores de poder, y el nuevo peronismo de la década del setenta, con una perspectiva socialista y una firme determinación de no repetir los errores del pasado. Así como sus Gobiernos anteriores habían sido de cohesión y autoritarismo, pasivamente aceptado por las masas, su tercera Presidencia se caracterizó por un clima de recelos mutuos, disputas por la conducción, estallidos de violencia, crisis de desabastecimiento, secuestros y asesinatos.

La Argentina, resuelta a enfrentarse con su viejo dilema histórico, había votado al anciano líder, como símbolo de reconstrucción y democracia. No obstante, muy pronto los hechos se encargarían de desvanecer esta ilusión. Los constantes choques de Perón con la juventud de su propio mo-

vimiento cobraban un nuevo aspecto. Políticos realistas como Cámpora y Solano Lima vieron en esto algo más que un enfrentamiento entre derechas e izquierdas, entre populismo y socialismo. En efecto, visto bajo otra perspectiva, el conflicto asumía el carácter de un choque entre dos peronismos históricamente distintos: el que llevó a Perón al desastre en la década del cincuenta y el que lo devolvió al poder en 1973. Se trataba, según esta hipótesis, de la manifestación política de un problema generacional.

El error final de Perón consistió en optar frente a la juventud militante por la gravosa herencia de la politiquería criolla. Comenzó lo que se ha denominado el «vaciamiento intelectual» de su Gobierno. El dinámico equipo de Cámpora fue sustituido por docenas de burócratas, cuya incompetencia corría pareja con su proclamada obsecuencia. El mito se volvía contra sí mismo: Perón se hallaba prisionero de su propia imagen, proyectada sobre una Argentina ideal que era ya sólo un espectro del pasado.

Muerto Perón, todos los argentinos se congregan para rendirle un último homenaje, aunque la sinceridad de éste quede subordinada a las exigencias de la estrategia política. Todos han comprendido la imposibilidad del movimiento para sobrevivir a su líder. Cuando aún no han concluido las ceremonias del funeral, todo un país reintegrado al dinamismo del tiempo histórico se apresta a disputarse sus despojos. La Argentina ha entrado en un compás de espera, donde la incertidumbre actual no hace más que presagiar un período de renovada violencia. Sólo una cosa parece cierta: la gravedad de la hora requiere algo más que los sollozos de una vicepresidenta. ■ J. C. C.

FRANCIA

El ORTF, atomizado

Es cierto que el ORTF es un monstruo de 17.000 empleados difícil de controlar, que el público francés estaba exasperado por la repetición de huelgas que le privaban de fútbol (¡en el Mundial!), de seriales de «Kung-Fu» (también aquí) y de canciones de Mireille Mathieu; todo el mundo sabe que los capitales privados están al acecho del fabuloso negocio que supondría la producción de los programas de televisión, que en el seno del nuevo Gobierno hay partidarios de la «privatización» del organismo estatal que es el ORTF... Que era, pues el ORTF dejó de existir.

Lo más que se esperaba de la discusión del problema endémico del ORTF en el Consejo de Ministros el miércoles pasado era una reforma limitada, como en otras ocasiones. Resultó una bomba y una revolución: el ORTF será sustituido el 1 de enero de 1975 por siete sociedades estatales, independientes y competitivas. El proyecto de ley será presentado a la Asamblea Nacional en septiembre. Mientras tanto, los partidos políticos, el público, los empleados del ORTF y sus Sindicatos tienen tiempo para reponerse del choque recibido, y, tal vez, adoptar una actitud coherente.

La bomba del Gobierno es, en efecto, de una habilidad extrema, y será dirigida «a todos los azimuts». Contra el UDR, para quien el ORTF constituía una fortaleza inatacable: durante quince años, los ministros gaulistas fueron colocando a su gente, y se han ido formando estratos jerárquicos no siempre productivos, pero políticamente activos. Ahora, el Gobierno nombrará a los directores de las siete sociedades. Es de creer que el UDR tendrá un porcentaje mínimo. Bomba contra los Sindicatos, extremadamente potentes hasta ahora en el ORTF: con la división del gran bloque en siete unidades independientes se atomiza el movimiento sindical y ya, de hecho, surgen las primeras disensiones entre diversas categorías profesionales. Tanto más cuanto que —y ésta es otra bomba— el proyecto no prevé (aunque lo deje planear como una amenaza) la entrada masiva de los capitales privados.

En la Casa de la Radio (el «Gruyère» le llaman aquí, por su forma redonda, sus pasillos laberínticos y su función, en muchos casos únicamente nutritiva), la perplejidad ha reemplazado al temor de ayer. Nadie sabe qué pensar ni a qué santo fiarse; si aceptar el plan gubernamental o ponerse a defender el estatuto actual al lado de los Sindicatos, pues si todo el mundo admira la habilidad del Gobierno, nadie duda que se trata del primer paso hacia la entrega del ex ORTF a los intereses privados. Ya el primer ministro, Jacques Chirac, advierte que es «la última oportunidad» para mantener a la radio y la televisión estatales, y a la vez se introducen en el proyecto puertas de entrada para el gran capital: las sociedades que se estructuran (tres para cada una de las cadenas de televisión, una para la radio, otra para las emisiones hacia el extranjero, una para la producción y otra para la difusión) podrán encargar programas y trabajos al exterior. El proyecto impone también las nociones de rentabilidad y de competición entre las cadenas, lo que parece aberrante a la mayor parte del personal: «La privatización avanza bajo la máscara del servicio público —explica Edouard Guibert, dirigente sindical de los periodistas—; se trata de una decisión política, de una elección de civilización. Sea cual fuere el vestido con que nos presentan las nuevas estructuras, es la condena de la política cultural y el triunfo del mercantilismo».

En realidad, nadie puede hacer más que un proceso de intenciones al Gobierno. Muchos piensan que el proyecto, de ser sincero, sería una solución a los problemas del ORTF. Pero ya circulan rumores de listas de despedidos. Se habla de cuatro mil personas... ¿La huelga? Ahora, en verano, sería inoperante e impopular; será en la «rentrée» de septiembre, si no se producen otros movimientos sociales. Por el momento, el ORTF (Organismo de Radio y Televisión de Francia, por ahí tenía que haber empezado), queda roto en siete pedazos, esperando quien los recoja. ■ RAMON CHAO.

El ORTF es un monstruo de diecisiete mil empleados, difícil de controlar. En primer plano, la Casa de la Radio. Al fondo, la torre Eiffel.

